

no nos habíamos fijado á pesar de nuestra minuciosa observación. Supuse que el polluelo había salido hacia poco tiempo y que podría esperar aun algo de los huevos. Tampoco fué posible ver cómo los padres alimentaban su progenie, porque la hembra se introducía en el interior del nido apenas se creía observada, mientras que el macho vigilaba por fuera. Cuando las dos aves nos veían acechar, aunque fuera á cierta distancia, también la hembra salía llamada por el macho, y ambos proferían gritos de cólera, que no cesaban hasta que nos retirábamos. La hembra había colocado verticalmente á la entrada del nido un pedacito bastante grueso de madera, que iba empujando poco á poco hácia el centro, cual si quisiera impedir á los polluelos la salida del nido, ó dificultar la entrada á las demás aves. No se veían mas cáscaras de huevo debajo del nido, ni oíase tampoco sonido alguno que revelase la presencia de un hijuelo; pero la mayor cantidad de alimento que los padres consumían hizo suponer que debía haber algunos polluelos en el nido. La hembra los alimentaba al principio con preferencia con lechuga de la cual consumía diariamente tres grandes tronchos; mas tarde tomaban también pan blanco mojado, y al fin cañamones.

»El 7 de agosto ví por primera vez cómo la madre daba de comer á los polluelos. Hizo salir el alimento del buche, inclinando la cabeza, cuyo movimiento se comunicó á todo el cuerpo; y aunque la hembra tenía la mayor parte de él dentro del nido, creí observar que repartía el alimento á varios hijuelos. Sin duda eran estos ya bastante grandes, pues la hembra podía llegar á sus picos sin entrar en el interior del nido. El 10 de agosto por la tarde se vieron las cabezas de dos polluelos en la entrada de la cajita, y al día siguiente salió el primero corriendo alegremente: mas al poco rato pareció entristecerse, y permaneció inmóvil en un rincón. Como el tiempo estaba lluvioso, dispuse que le trasladaran al nido, á pesar de los gritos de los padres, y entonces se vieron las cabezas de otros dos polluelos. El 15 de agosto salió el primero otra vez en compañía de uno de sus hermanos, reconociéndose al punto cuál de los dos era el de mas edad, porque parecía mas robusto y vivaz que el otro, el cual se arrinconó al cabo de una hora cual si tuviese frío. Por la noche se le puso en el nido, mientras que el mayor se retiraba á la parte cubierta de la pajarera, donde desde entonces ocupó todas las noches su sitio. El 18 de agosto salió un polluelo; pero no puedo decir si era el segundo ó el tercer hermano. Su estado era del todo satisfactorio, y no hubimos de tomar medida alguna para cuidarle. El día 20 salió el último polluelo del nido, y vióse que era muy robusto. Todos tenían completo su plumaje al salir del nido; solo las rémiges y las rectrices no eran aun tan largas como las de los adultos; en el color no se notaba mas diferencia que la de ser el verde menos vivo; las rémiges parecían mas bien verdes que azules, y los bordes claros de las plumas grises de la cabeza y del pecho eran menos marcados; de modo que el plumaje ofrecía en su totalidad un tinte mas pálido y uniforme. El cuerpo tenía casi el tamaño del de un ave adulta; la cabeza era relativamente grande, y el pico menos corvo. Al principio no manifestaban mucha viveza; permanecían casi todo el día posados en una rama que á este efecto se había puesto en tierra. Cuando los padres se acercaban á ellos pedían alimento, inclinando la cabeza y aleteando. Por lo regular siempre quedaban satisfechos: macho y hembra cumplían con este deber, para lo cual, cogiendo el pico del polluelo, volvíanle la cabeza de lado é introducían despues el alimento del modo antes descrito. Los polluelos echaban la cabeza hácia atrás, repitiendo despues los ademanes con que solían expresar su deseo de comer. Al cabo de pocos días, sin embargo, ya sabían encontrar ellos mismos la vasija del alimento y comían un poco sin ayuda;

pero hasta fines de agosto necesitaron aun el auxilio de los padres. Poco á poco adquirieron mas agilidad, y pronto treparon por la reja de la pajarera. Mientras hacían este ejercicio, sus padres les arreglaban el plumaje, trepaban en pos de ellos, pasaban su pico por una pluma despues de otra para limpiarlas y alisarlas, como lo hacían con las suyas propias.

»No he podido averiguar en estas primeras observaciones cuánto tiempo dura la incubación; pero podemos suponer con bastante seguridad que los hijuelos necesitan unos cuarenta días para poder salir del nido.»

LOS MELOPSÍTACOS—MELOPSITACUS

CARACTERES.—Entre todos los loros que se crían en nuestras jaulas, una pequeña especie de Australia ocupa sin duda el primer lugar, y difícilmente se encontrará otra que en tan alto grado sea propia para tenerla en la habitación. Algunos loros cautivan por la belleza de sus colores, pero el melopsítaco gusta mas bien por su gracia y docilidad. También esta ave es muy bonita; pero su carácter familiar ofrece mas atractivo que la belleza de su plumaje; es un adorno para la habitación, y se granjea pronto el favor de todos.

EL MELOPSÍTACO ONDULADO—MELOPSITACUS UNDULATUS

CARACTERES.—Esta especie es la única representante del género hasta ahora conocida, y también de los loros mas pequeños; mas por su larga cola parece mayor de lo que es en realidad. Su longitud varía de 0^m,20 á 0^m,22 por 0^m,26 á 0^m,27 de anchura con las alas extendidas; estas tienen 0^m,09 y la cola casi 0^m,10 de largo. Sus formas son preciosísimas; el cuerpo enjuto; el pico mas alto que largo y redondeado lateralmente por arriba; la mandíbula superior se encorva casi verticalmente; su punta es muy prolongada, y junto á ella se observa una profunda sesgadura; la mandíbula inferior es tan alta como la superior y redondeada en el ángulo de la barbilla; las piernas son delgadas, enjutas y relativamente altas; los dedos, bastante largos, están provistos de uñas igualmente largas; las alas son prolongadas y puntiagudas; la segunda rémige es la de mas longitud; la cola, muy larga, se adelgaza gradualmente hácia la punta, de modo que las plumas exteriores solo tienen la tercera parte de la longitud de las del centro; el plumaje, en extremo suave, con dibujos muy bonitos, apenas se distingue por el color en los sexos y no difiere en nada del de los pequeños. La frente, la parte superior de la cabeza, y la región de la mandíbula inferior son de un amarillo de azufre, y en sus lados hay cuatro manchas de un azul vivo, de las cuales la de las mejillas es la mayor, mientras que las otras tres tienen la forma de puntos; la región del occipucio, la parte posterior del cuello, la nuca, las espaldillas y la mayor parte de las tectrices tienen un color amarillo verdusco; en cada pluma se ven cuatro líneas transversales finas y negras, que en las tectrices se reducen á dos, pero mas anchas; la parte posterior del dorso, la rabadilla y las tectrices superiores de la cola, así como la parte inferior del tronco, desde la barba, son de un magnífico verde; las rémiges de la mano y sus tectrices de un verde oscuro, bordeadas de amarillo exteriormente y negruzcas por dentro, con manchas cuneiformes amarillentas en el centro; las rémiges del brazo son verdes por fuera, con un angosto borde amarillento, amarillas interiormente y negruzcas en la base; las últimas rémiges y las últimas plumas de la espaldilla son de un pardo oscuro, con anchos bordes amarillos; las dos tectrices del centro son de un azul oscuro

y las otras de un azul verde, con grandes manchas de un amarillo de limón en el centro, las cuales se extienden sobre las barbas; la base de estas tiene anchos bordes negros. Los ojos son de un amarillo pálido; el pico amarillo de cuerno y gris verde en la base; la cera de un azul oscuro, y los pies verdes azulados. La hembra es un poco mas pequeña y difiere del macho por el color verde gris de la cara y por tener las manchas de las mejillas mas pequeñas; el hijuelo se reconoce por su color mas oscuro y dibujos mas pálidos, por la extensión de las ondas y por carecer, en fin, de las manchas azules de la barba; también presentan en el pecho ondulaciones transversales de color oscuro.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Esta especie es propia de la Australia, lo mismo que sus congéneres.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Shaw es el primero que ha descrito el melopsítaco ondulado; pero ningún naturalista nos dió á conocer su género de vida antes que Gould. Hoy sabemos que habitan todo el interior de Australia numerosas bandadas de estos loros, los cuales buscan las llanuras ricas en prados, y se alimentan de los granos de las gramíneas.

Todos los observadores que los han visto libres, y cuantos aficionados los tuvieron cautivos, hacen á la par su elogio. Cuando á principios de diciembre recorrió Gould las llanuras del interior de Australia vióse rodeado de melopsítacos y resolvió permanecer en el mismo punto para observar detenidamente sus usos y costumbres.

Aparecen por bandadas de veinte á cien individuos en las inmediaciones de un pequeño estanque, donde apagan la sed, y emprenden el vuelo hácia la llanura á ciertas horas para buscar los granos de que se alimentan.

Iban con mas frecuencia á beber por la mañana temprano, y por la tarde antes de caer la noche. Durante el calor permanecen inmóviles en las cimas de los gomeros, no siendo fácil descubrirlos; pero al emprender su vuelo se agrupan en las ramas secas ó en las que se inclinan sobre la superficie del agua.

Su vuelo es rápido como el del halcón ó de la golondrina; andan bastante bien por el suelo y no son torpes para preparar. Cuando vuelan lanzan gritos penetrantes, y en las horas de descanso producen una especie de gorjeo muy animado que no puede llamarse canto, pues las distintas voces se confunden formando una discordancia difícil de describir.

Aun durante el período del celo constituyen los melopsítacos numerosas reuniones en las que no se separan nunca los individuos de cada pareja; anidan en los agujeros y huecos de los gomeros, y en el mes de diciembre contiene cada nido de cuatro á seis huevos blancos, bastante redondeados. A fines de diciembre tienen los hijuelos todo su plumaje, y pueden vivir por sí solos.

Reúnense entonces con los individuos viejos aislados, y emprenden todas sus excursiones. Según se ha podido observar en individuos cautivos, estos loros contraen dos ó tres uniones sucesivas.

Cuando termina la época de la reproducción comienzan sus viajes las bandadas; diríjense de sur á norte, y vuelven á su punto de partida cuando maduran los granos. En toda la Australia del sur aparecen los melopsítacos en la primavera, que es nuestro otoño, con tanta regularidad como entre nosotros las aves de paso. Los indígenas dicen que aparecen á veces en países donde no se les había visto antes, lo cual parece muy creíble.

Los datos de Gould son ahora mas completos merced á un relato que debo á la amabilidad de Engelhart, relato que reproduzco á continuación, aunque ya le publiqué en mis *Aves cautivas*. «En la fauna ornitológica de la Australia del sur figu-

ra el melopsítaco ondulado, al que los indígenas llaman loro de concha ó loro canario. Uno de los sitios preferidos por estas aves para su incubación, y en el cual pude hacer mis observaciones, es sin duda Malleeshrub, magnífico bosque de eucaliptos que á lo largo del río Murray se extiende desde su desembocadura hasta la primera curva grande. Cuando en esta región desierta llueve en abundancia despues de un invierno húmedo, cúbrese la tierra de una yerba espesa y alta; un inmenso espacio de varias leguas cuadradas que en otra estación ofrece el aspecto de un triste arrenal, revistese súbitamente de una magnífica alfombra de gramíneas, y bajo la influencia del sol cálido de la Australia meridional, las yerbas alcanzan la altura de un metro; las flores se desarrollan rápidamente, y á las cinco ó seis semanas las espigas se cuajan de granos. Muchos días antes de esto, preséntanse innumerables bandadas de aquellos preciosos loros, que al punto se ocupan afanosamente en la incubación. El extraño tronco del mallee, de cuya raíz parten ocho ó diez tallos de seis metros de altura, con escaso follaje, y en los cuales se forman numerosos huecos de ramas, favorece mucho la reproducción de estas aves. Cada uno de aquellos, cada espacio que ofrezcan las ramas utilizase para construir un nido; y en pocas semanas toda la región está poblada de melopsítacos. Los abundantes granos de las gramíneas ofrecen un excelente alimento á los polluelos. El que en esta época se extravía en tal región, podría coger fácilmente centenares de aquellos con las manos: numerosas bandadas aparecen delante de él, formando largas filas en el ramaje desnudo; entreteniéndose con su canto, miran tranquilamente como el hombre, siempre dispuesto á matar, toma su escopeta para dirigirles una descarga, que á menudo mata docenas á la vez. Al fin se agotan las provisiones de grano; quizás falta también el agua, y las magníficas aves emprenden entonces sus viajes. Primero se dirigen á los lagos de Alexandrina y Wellington, cruzados ambos por el Murray antes de desembocar en el mar; é ignoro si es porque los pantanos les ofrecen aquí mayor abundancia de gramíneas, ó porque el agua las atrae. De todos modos este es el sitio á donde todos los años van los cazadores para colocar sus redes y donde se cogen muchos millares de melopsítacos.

»Esta descripción, como ya he dicho, se refiere solo á los años que llueve en abundancia; si hay sequía, parece que ya no existen los melopsítacos. Sin duda se han dirigido entonces al lejano norte, porque aquí, aun en el verano, caen á menudo copiosas lluvias, que como por encanto cubren el desierto de una verde alfombra. Parece que todos los loros emigrantes saben esto de antemano, pues allí donde la naturaleza les ofrece alimento, ó casi podría decirse, allí donde lo ofrecerá, preséntanse sin falta.»

Según las noticias de otro alemán que ha vivido muchos años en Australia, se cogen centenares y millares de melopsítacos ondulado al oscurecer, por medio de grandes redes en forma de bolsa; y enciérrense en cajas para entregarlos así á los traficantes. A Melbourne llevan un número increíble, y cuando hay muchos en el mercado se compra la pareja por unos tres francos, mientras que al por mayor resultan cuando mas á dos. Pasado el período durante el cual se cazan estas aves, llénanse con ellas todos los espacios libres de los buques, y mas de un capitán cede su cámara á estas aves durante la travesía desde Australia á Europa. Hace apenas veinte años que los melopsítacos ondulado escaseaban aun en nuestro continente; hoy día llegan todos los años en mayor ó menor número al mercado; la cifra varía según el resultado de la caza ó según la suerte que el capitán ha tenido con ellos durante el viaje.

En Australia colocan muchos en una jaula pequeña, cu-

yas perchas están escalonadas, de modo que se pueda colocar el mayor número en el menor espacio posible; y forman así un agradable conjunto. Toda la bandada aparece en compactas filas; se ven las cabezas unas detrás de otras; sus ojos se fijan á la vez en el espectador y parece como que imploran la libertad. Nunca promueven entre sí peleas: hasta en el periodo del celo viven juntos, y en la mejor inteligencia, miles de estos loros de ambos sexos. He visto en Londres la enorme pajarera de un traficante que acababa de recibir un cargamento de estos loros; habia allí mas de mil parejas y reinaba entre todas la mejor armonía.

El melopsitaco ondulado debe figurar entre las aves llamadas inseparables, es decir, en el número de las que no soportan la pérdida de su pareja: debe tener compañía, y mejor un individuo de la misma especie y de distinto sexo. En caso de necesidad se le puede dejar con otro loro pequeño; pero nunca se conducirá con él con tanta ternura como con su semejante. Se debe, pues, adquirir una pareja si se quiere observar todas sus cualidades. Cuando muere uno de ellos, le reemplaza otro del mismo sexo y se aparean rápidamente.

La sobriedad es una de las ventajas de este loro: ninguna otra ave casera se contenta con un alimento tan sencillo y variado; le damos mijo y cañamones, y esto le basta. Inútilmente se ha tratado de alimentarle con otros granos: come con gusto las hojas verdes de col, de lechuga, etc., y deja las frutas, el azúcar y otras golosinas: bebe poco, y á menudo pasa toda una semana sin probar el líquido; pero se debe cuidar de darle siempre agua fresca. Resulta, pues, que la facilidad con que se le mantiene contribuye á que sea muy buscado.

Por otra parte, este melopsitaco está dotado de otras cualidades que le captan la benevolencia del hombre. No cabe duda de que en cuanto á su inteligencia es inferior á los grandes loros; mas apenas se reconoce esta falta. Por sus movimientos iguala á todos sus congéneres; corre con destreza y rápidamente á pesar de sus cortos pasos; trepa con perfeccion y vuela con la celeridad del rayo. Para poder juzgar bien de la agilidad de su vuelo, es preciso verle cuando escapa de su prision. Puede desafiar por este concepto á un halcon; ejecuta las vueltas y circunvalaciones mas graciosas; sabe calcular las mayores distancias y las mas pequeñas, é iguala, en una palabra, al ave mas voladora. Por esta agilidad granjéase ya nuestro cariño; pero mucho mas nos cautiva su voz. Los loros que saben hablar con su amo no pueden muchas veces reprimir su inclinacion natural de lanzar desagradables gritos, y hay pocos hombres que soporten mucho tiempo este defecto de los loros; pero con los melopsitacos ondulosos no sucede así; aunque no les falta la voz, jamás hacen uso de ella de una manera incómoda, y si siempre agradablemente. No es ninguna exageracion pretender que el macho de estas aves debe figurar entre las cantoras, pues su charla es á menudo un canto muy sencillo, pero agradable. Para mí lo es mucho el de esta magnífica ave; y no solo son de la misma opinion otros aficionados, sino que han reconocido que este melopsitaco aprende é imita los cantos de otros oscinidos; algunos llegan á pronunciar palabras.

Si se cuida convenientemente á una pareja de melopsitacos, no se les molesta, y se les da un nido á propósito, puede tenerse casi la seguridad de verlos reproducirse.

Si no sucede así, la culpa es regularmente del amo, y no se trata aquí de pequeñas faltas, sino de algunas muy grandes: no se da al ave lo mas necesario y atribúyense á ella las consecuencias de ello.

Es preferible, no obstante, poner varios individuos en un gran espacio, pues entonces se excitan los machos entre sí,

domina en ellos la pasion de los celos y es mas poderosa la influencia de su amor. Una reducida habitacion, que se puede calentar y ventilar sin molestar á los loros, que tenga el suelo cubierto de arena y las paredes guarnecidas de nidos, es lo mas á propósito para estos séres; y mejor aun, siquiera no indispensable, que aquellos estén rodeados de arbustos y plantas, donde los loros puedan ocultarse para descansar. Al efecto se deben elegir árboles verdes; pero es forzoso reemplazarlos con frecuencia, pues todo lo picotean los loros. Para los nidos prefieren los troncos huecos de sauce, cuyas cavidades se dividen en varios compartimentos, de modo que se puedan albergar algunos en cada uno. Semejante habitacion satisface todas las condiciones apetecidas.

Basta sin embargo tambien una cajita ordinaria de nido con entrada estrecha para que la hembra se crea segura; y como esta especie, lo mismo que la mayor parte de loros, pone sus huevos sencillamente en tierra, conviene practicar en el suelo un hoyo pequeño y llenarlo de serrin. Las aves se arreglan despues el nido convenientemente, sacando de la cajita el serrin que les parece necesario. Un espacio dispuesto de esta manera para la incubacion, da los resultados mas favorables; pero en la mayor parte de los casos basta una jaula de tamaño regular. El que acostumbra á los melopsitacos á volar libremente en su habitacion, puede ahorrarse la compra de una pajarera especial.

«No conozco, me escribe de Hinkeldey, ninguna otra ave tan propia como el melopsitaco para dejarla libre en una gran habitacion. Póngase la jaula en cualquier sitio de la estancia, déjese abierta la puertecilla y el alimento dentro, y se observará que las aves salen muy pronto, pero tambien que vuelven á ella despues de dar algunos paseos. A los pocos dias se acostumbran á tomar su alimento en la jaula y no se posan nunca en otro sitio ni ensucian, por consiguiente, la habitacion; divirtiéndose sobremanera al observador con su rápido vuelo y la gracia de sus movimientos. Hasta ahora jamás han chocado mis melopsitacos contra los vidrios de la ventana ni se han escapado por la puerta abierta del cuarto. Mi dormitorio comunica con la sala principal por una puerta de dos hojas: se halla siempre abierta y muchas veces tambien la ventana del cuarto ó del salon; pero nunca se me ha escapado un melopsitaco.»

»Esta primavera hice la prueba con tres individuos recién llegados en un buque, y se acostumbraron muy pronto al género de vida descrito. Los quehaceres diarios no incomodan en nada á las aves, pues sus nidos están colgados en la pared.» Debo hacer constar que no todos los melopsitacos ondulosos respetan lo mismo las ventanas abiertas; pero por lo demás, creo que en las citadas especiales circunstancias divierten aun mucho mas de lo ordinario.

Es preciso haber criado uno mismo loros para comprender el entusiasmo con que hablan de ellos los verdaderos aficionados; cuanto mas se les conoce mas se les aprecia; el observar sus costumbres es una verdadera diversion, un agradable pasatiempo. «El macho, dice Devon, es modelo de esposos, como la hembra de madres; solo se ocupa de su compañera, sin fijar su atencion en las demás; siempre es celoso y atento con ella; posado sobre una rama á la entrada del nido, le dirige su canto, y mientras cubre los huevos, aliméntala con cuidado. Nunca está triste y taciturno, ni dormita como otros; siempre se le ve alegre, contento y vivaz.»

Quien por sí propio haya cuidado melopsitacos ondulosos estará conforme con las anteriores palabras. Cuanto pueda decirse de la gracia, sociabilidad y afecto recíproco de los sitáculos, es tambien aplicable, en mucho mas alto grado, á los melopsitacos. El mutuo proceder del macho y la hembra

es lo mas admirable que imaginarse pueda: cada uno de por sí hace todo lo posible para agrandar al otro; el macho, sobre todo, se muestra en extremo solícito cuando pide los favores de la hembra, que raras veces se le niegan.

«Aunque muy ardiente, dice otro observador, no cansa á su hembra como lo hacen otros pájaros, y satisface con paciencia todos sus caprichos hasta que se rinde al fin á sus caricias. Hasta el apareamiento recuerda la fábula de Leda y del cisne: la hembra humilla la cabeza ante el macho, y este la coge con el pico, enlazándola con sus largas alas. Es infatigable cuando se trata de alimentar á su hembra, y se muestra tan tierno como celoso.»

La construccion del nido es obra de la hembra: con su pico practica la abertura hasta que llena sus deseos; desprende de las paredes de la cavidad varias astillas para cubrir

el fondo, y á los dos dias pone de cuatro á ocho huevos redondos y blancos, los cuales cubre por espacio de diez y ocho ó veinte dias. El macho se cuida de alimentarla durante la incubacion, pues la hembra no abandona el nido sino para satisfacer sus mas urgentes necesidades. Los hijuelos están en aquel de treinta á treinta y cinco dias, y no lo dejan hasta que tienen todas sus plumas.

Mientras dura la educacion se afana mucho la hembra por conservar el nido aseado, y cual madre cuidadosa y diligente, limpia á sus hijos todas las mañanas uno despues de otro; cuando salen del nido comienzan á buscar alimento, y al cabo de pocos dias tienen todas las costumbres de sus padres. En tales circunstancias se necesita cierta prudencia, principalmente si hay en la jaula alguna pareja que cubra, pues los celos del macho se revelan á veces de una manera

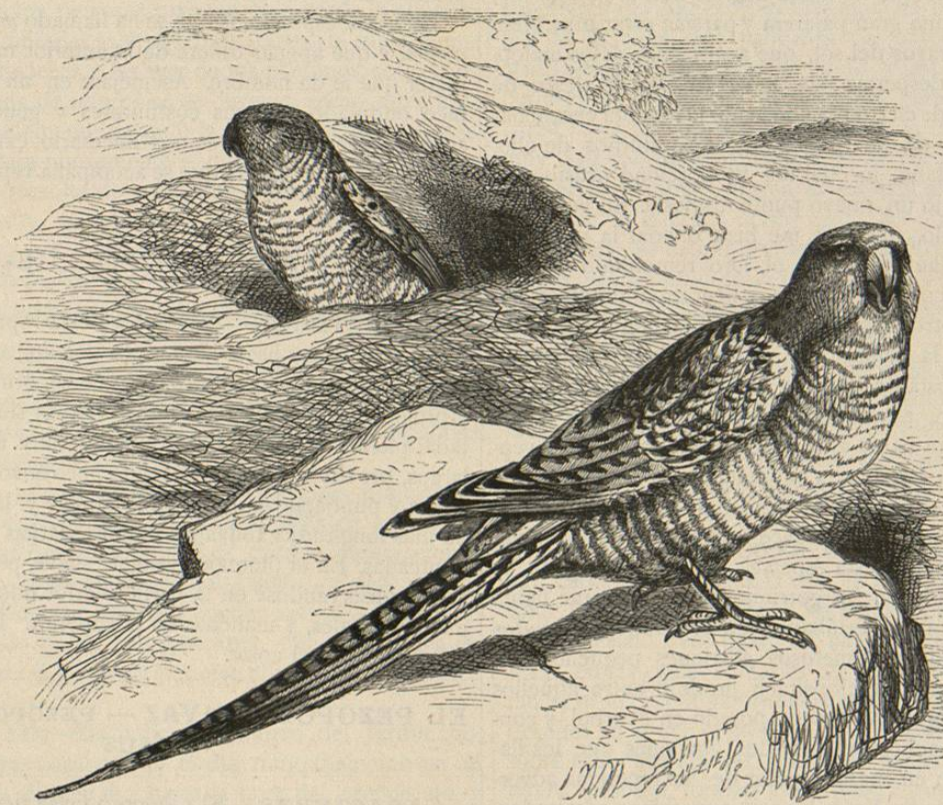


Fig. 24.—EL PEZOPORO VIVAZ

terrible: el mismo loro que ha cuidado á su progeñe con tanta ternura, cae á menudo de improviso sobre ella y da muerte á todos sus hijos.

A veces, algunas hembras se muestran mas duras que los machos con los hijuelos de otras parejas; en tales casos conviene separarlas.

Cuando salen los pequeños de la primera puesta, la hembra pone segunda vez, y despues otra y otra: F. Schlegel, director del Jardín zoológico de Breslau, observó una pareja que cubria continuamente; pero esto es una excepcion: la regla parece ser tres puestas al año.

Se puede dejar sin temor con sus padres á los hijuelos de la última puesta, y colocar entonces en la jaula los de las precedentes. Estos se muestran al instante tan benévolo como sus padres. Poseídos del mas celoso afán, cuidan y alimentan á sus hermanitos; el uno hace lo que ve hacer al otro, y pasan el tiempo en comer, trepar y retozar. A menudo promueven tal algazara, que molestan á los padres, los cuales tratan entonces de imponer silencio. Cuando en una pajarera hay una docena de parejas con sus crias, ofrecen un curioso

espectáculo; en tal caso no suele turbarse la buena armonía, ni se excitan tampoco los celos del macho, pues no puede fijarse en un solo objeto, sino que se ve obligado á fijarse en muchos.

Vemos por esto cuán necesario es adquirir parejas de melopsitacos, pues cuando se tienen dos del mismo sexo y se les da un compañero de otro, se aparean en seguida.

Neubert tenia dos pares de melopsitacos ondulosos; murieron los machos, sin que en mucho tiempo pudiera conseguir otro. Las dos hembras viudas habitaron la jaula en paz; estaban alegres y contentas y en la mejor armonía; pero la llegada del nuevo macho turbó aquel bienestar. «Las dos hembras, cuenta Neubert, se hallaban una al lado de otra, y en lo mas alto de la jaula cuando entró el macho, al que contemplaron atentamente; este las miró tambien sin moverse, y lanzó despues un ligero grito de llamada, siendo contestado por una de las hembras. Aquel repitió el grito, y al instante se precipitó á su encuentro la que habia contestado, como si viera un compañero que hubiese estado ausente largo tiempo. La otra hembra miraba tranquilamente; pero cuando